
XVII

Comida en casa de Bachiller.—Noche.—Panadería de Viena.—Romero Rubio.—Mariscal.—Juan José Baz.—Escuela de Sordo-mudos.—Express.—Comercio.—Lluvia.—Salida de Nueva-York.

CIRCUNSTANCIAS muy privadas y personales hacían dolorosa para mí la separación de Nueva-York, y por una fatalidad de mi destino, los halagos de la vuelta á la patria mucho se enturbiaban por las condiciones de la salud de mi hijo, y por motivos no para narrados en estos tan accidentados como verídicos Viajes.

Ya he indicado en otro lugar que la familia del Sr. Lic. D. Antonio Bachiller y Morales, á la que pertenecen los Sres. Dres. Landeta y Castro, y el Sr. Lic. Néstor Ponce de Leon, se encargaron de aliviar mis penas, me crearon

familia y me llenaron de atenciones, que recuerda con profundo reconocimiento mi corazón.

La familia inteligente y bien educada de mi país, se ofrecía allí á mis ojos con todos sus encantos.

Pretextos para sabrosas comidas, discusiones al parecer tempestuosas que se deshacían en lluvias de flores, interés por mi salud, alivio á mis dolores, todo lo encontraba, pero tan sincero y espontáneo en todos, que más parecía que las satisfacciones de que me rodeaban eran más por el sentimiento egoísta de procurarse mis amigos placer, que por el designio de hacerme olvidar mis penas.

De ponerse tablados era cuando en competencia con las señoras y acariciando mis más bellas memorias, exponía á la atención curiosa de mis oyentes nuestro popular Paseo de la Viga, nuestro Chapultepec romanesco; y los cubanos, en revancha, me pintaban las risueñas perspectivas de su Jesús del Monte y su Guanavacoa, su paseo de Isabel II y su Jardín Botánico.

Entonces yo, á guisa de diestro luchador, hacia reminiscencias de nuestros paseos en burro, nuestras temporadas de San Ángel y otros solaces cuya belleza no se percibe con los ojos pegados al cuadro, pero que á cierta distancia tienen encantos indecibles.

Bachiller es un jurisconsulto eminente y un literato distinguido; en la Habana, su patria, hizo sus estudios y desempeñó puestos importantísimos; su erudición es vastísima y su criterio luminoso y seguro.

Pero aparte de sus clarísimos talentos y de sus obras científicas y literarias de exquisito mérito, sobresalen en Antonio dos cualidades que mis lectores me dirán si no son per-

las y diamantes para los que tenemos la fortuna de ser sus amigos.

Allá va la una. Es un amor á México que llega al fanatismo, como debe ser el amor: mucho sentimiento y mucho anhelo por el bien de la persona amada.

Antecedentes de familia, reminiscencias muy queridas para mi amigo, fomentan y robustecen aquella pasión por México.

Posee en su archivo curiosidades de nuestra historia, anda perpétuamente á caza de noticias y periódicos de México, y constantemente se halla en correspondencia con personas notables de nuestra patria, comunicándoles cuanto cree que puede contribuir á su bienestar y adelantamiento.

Cuando en 1842 salió de México el eminente poeta Rodríguez Galvan para no volver á su patria jamás, yo, que conocía de nombre al Sr. Bachiller, por haber hablado de mis versos en *El Diario de la Marina*, le recomendé á mi malogrado amigo, que debía pasar por la Habana: allí cayó enfermo y murió Rodríguez.

Bachiller fué un amigo y un padre para Rodríguez, le abrió las puertas de su casa, tratándole como de su familia, lo relacionó con los más eminentes literatos, esencialmente con Milanés, quien le leyó su "Conde de Alárco," y de quien son los lindísimos versos que yo atribuí á Turla equivocadamente, al tratar de mis impresiones de Orleans, y cuando enfermo y en su muerte le llenó de cuidados, prodigándole generoso toda clase de auxilios.

Mi gratitud á Bachiller por todos estos antecedentes, la hice sensible en relaciones cariñosas y no interrumpidas, durante más de treinta años en que yo no he dejado de recibir atenciones de tan cumplido caballero.

Ardía la casa de Bachiller en impaciencia por mi llegada; el finísimo Dr. Landeta se preparaba á hacer los honores de la casa con la exquisita elegancia que tiene de costumbre. Néstor Ponçe tenía lista cerveza suprema, y las señoras se disponían á celebrar mis sorpresas por los guisos al estilo de mi tierra, y los dulces deliciosos que recuerdan la especialidad que para postres y reposterías tienen nuestras mexicanas.

Parece que veo el cuadro. Bachiller, sosegado y dulcísimo, con su leviton de lienzo, rodeado de sus preciosos y juguetones nietecitos, que me recordaban á los míos.

La esposa con sus hermosas hijas, agrupadas junto de una amplia ventana en cuyo marco se divisaban flores y enredaderas, y la tropa masculina charlando y fumando frente al bufete del sabio, convertido con desacato en mostrador de cantina.

Dióse la voz salvadora de *la sopa está en la mesa*, y en tropel risueño nos dirigimos al comedor, donde los chicos gritaban y repicaban sus trinchis en copas y vasos, las señoras esperaban modestas y nosotros los hombres nos arrellanábamos á gozar, *sin ser de nadie y sin pensar en nada* de los hechiceros encantos de la gula, cuando llega á seducirnos acompañada del buen humor.

Después de los primeros contentamientos á la tiranía animal, contentamientos que, como se sabe, se hacen en medio del silencio, la conversacion se hizo general y cada uno se esforzaba por acreditarse de alegre convidado, sin cuidarse de sexo ni edad. Por supuesto que la conversacion corrió, después de culebrear un tanto, á los viajes, y á lo mucho que me faltaba que decir.

—Lo conozco, señores, repetía yo; pero vdes. conven-
drán en que un viaje al vapor no es un inventario.

—Es permitida la ligereza, decía Néstor con ironía.

—Si se trata de ligereza en el sentido de no profundizar, como en tratados especiales, todas las materias, convengo, decía Bachiller; pero ligereza en cuanto importe inexactitud de datos estadísticos, observaciones políticas y mercantiles, no convengo, porque muchos de esos datos los han suministrado oficinas públicas y documentos oficiales, y nos tiene asoleados Guillermo, aclarando fechas, haciendo rectificaciones y estudios detenidos, á Néstor, á M. Bryant, á Mantilla, á mí y á cuantos conoce.

—No, repetía mi contrario, yo lo digo por los cuentecillos y cosas fantásticas.

—Eso es otra cosa, ese es mi plan: yo he buscado una forma para popularizar mi libro entre gente que se moriría de fastidio con los números y las disertaciones gravedosas; yo quiero que el mandadero y el carnicero, la polluela parlanchina y el vejete recalcitrante, lean mis Viajes, y al fin adquieran ideas exactas de este pueblo, de que se suele hablar en mi país como de los habitantes de la luna.

—Yo lo que deseo es que hable vd. fuerte, muy fuerte, á estos patanes, sobre su codicia, porque para ellos no hay más Dios que el dinero.

—En efecto, decía Néstor, ya el señor ha hablado bastante de la omnipotencia del *dollar*; pero lo que le falta que agregar es que si el yankee es ávido para adquirir y no se para en medios, también gasta con suma liberalidad; aquí no se ve, como en la tierra de vd., ó si se ve es con menos frecuencia, hombres acaudalados, tratándose con

verdadera miseria, peor que los obreros de estas fábricas.

—¿Ya ve vd. cómo se desarrolla aquí la fiebre del oro? Pues la dote en la mujer es desconocida, y esos pescadores de fortunas con el anzuelo del amor, ni se mientan.

—Eso sí es cierto, replicó una de las señoras; aquí ni se habla de esos gansos del amor conyugal, muertos de hambre, calculistas, esperanzados, para salir de penas, en triunfar del corazón de una polla trasañeja, epiléptica y contrahecha, ó de una vieja, aunque impertinente y llena de achaques, poderosa.

—Por otra parte, decía otra señora, sesuda y de claro ingenio, por regla general, cuando el marido yankee no es borracho, es un excelente marido; acaso los negocios y la frialdad de carácter le hacen fiel y dedicado á su familia, es pacientísimo con sus hijos; acaso su defecto capital sea que muchas veces se deja dominar de la mujer, que es enfermiza y poco hacendosa, aunque esto admite sus excepciones.

—¿Qué me está vd. diciendo?

—La verdad, dijo Bachiller; esas hermosuras deslumbradoras caducan mucho más pronto que en Europa; son bellezas de un día, y vd., al apreciarlas de otra manera, ha incurrido en una equivocación.

—Eso depende, dijo una viejecita, muy viejecita, con su dentadura muy blanca y su cabeza como unos algodones, de que esas niñas no comen: cuando diga vd. mantenerse de golosinas, las *yankas*: por aquí las fresas; por allá la nieve; por acullá los candís, si tienen proporciones; y si no, todo se lo echan encima, es decir, todo lo gastan en vestirse: para algunas no importa que la casa esté como nido de aviones;

pero el gorrito listo, nuevo el velo de gasa, ajustados los guantes y el calzado como de reinas.

—Eso también debe atribuirse á que no conoce vd. mujeres más callejeras que estas americanas.

A título de libertad, se van llevando á la casa al novio, sin que nadie les diga: "esta boca es mía," platican con él, salen y entran con él, sin que nadie se fije en el aparecido; de suerte que á veces, á los tres ó cuatro meses, va sabiendo el papá que aquel señorito que entra y sale y se aísla con la mayor desfachatez á platicar á solas con su hija en el salón, es nada ménos que su futuro hijo político.

—Es la verdad, decía Néstor; los vínculos de familia están bastante relajados en el Norte; pero es necesario fijarnos en el punto de partida de nuestro juicio: aquí no hay herencias forzosas, y esto, aunque sea por la conveniencia, mantiene el respeto en las familias; de suerte que no se da caso que un muchacho haragan y con las manos lavadas, finque las esperanzas de mejora de fortuna en que espichen los autores de sus días, ni hay esos pleitos en que hijos y padres son desvergonzados difamadores, ni esas bandadas de buitres que con el nombre de herederos forzosos acibarran los últimos momentos de un infeliz que cometió el delito de formar un capital con su trabajo.

—¿Ve vd. este pueblo? me decía un hermano, del Dr. Landeta, que estudia á los yankees sin cesar.... ¿Ve cuántos rasgos de inmoralidad y disolución?

Pues advierta vd.: al marido honrado que ha sido objeto de las traiciones y víctima de la mala conducta de una mujer frívola que desconoce sus deberes, á ese marido jamás se le burla, no se permite ni al ridículo ni á la maledicencia

poner en evidencia su infortunio y la deshonra de los hijos; y esas sátiras al marido manso, al predestinado, al sufrido, se rechazan de la buena sociedad, no las explota la caricatura, y aun en el teatro, se mutilan las obras francesas para desviarlas de nuestra manía latina de hacer recaer sobre el marido, censuras que solo merece la mujer. . . .

—Señores, todo está muy bueno; pero nos estamos quedando sin comer: ese asado es excelente, aquí se tiene especial cuidado con las carnes.

—Eso merece un trago de este añejísimo Borgoña. . . .

—No, yo no me puedo conformar, decía la bondadosa señora de Bachiller, con que no nos acompañe vd. á Saratoga.

—Al anuncio de los baños ó de las aguas de Saratoga, dijo un jóven elegante que estaba á mi izquierda, las casas se ponen en movimiento, los maridos aprestan los bolsillos.

Hay familias de *ladies* de tres á cuatro personas, que llevan quince ó veinte baúles, de esos baúles monstruosos que con cuatro ruedas y sus asientos, pudieran suplir á cualquier wagon.

Las familias, excepcionales por su riqueza y circunstancias, tienen sus casas ó residencias en Saratoga, muy elegantes y apartadas del bullicio; pero lo característico es la vida del hotel, y hay muchos y magníficos hoteles en Saratoga.

Los hoteles, como vd. sabe, son grandes edificios formados de dobles hileras de cuartos, que unos dan al exterior y los otros al interior del hotel: las familias toman cuartos dobles para mayor comodidad, no obstante que los paseantes de los corredores suelen hacer infernal ruido.

A poca distancia de los hoteles está el pintoresco edificio de *Congress hall*, en el centro de un parque cultivado con esmero. En el parque está el afamado pozo de las aguas medicinales.

En el brocal del pozo se hallan constantemente unos niños perfectamente vestidos, con unos palos que tienen sus vasos en el extremo para extraer el precioso líquido, que dizque cura las enfermedades del estómago; y no dije siquiera vientre, porque esas palabras se reciben como obscenas y están relegadas á la gente ordinaria, como camisas, piernas, etc. . . .

A primera hora se sirve el almuerzo con abundancia y variedad notables, y en el terraplen cercano se instala la música militar, á alentar, con sus marchas y canciones, la conversacion de las damas, los paseos de los viejos y los juegos de los niños.

Empréndense con suma frecuencia excursiones á un lago inmediato, delicioso por el paisaje que le rodea y por sus cristalinas aguas. Por supuesto que los paseos acuáticos son encantadores.

Verificanse las comidas en el hotel, entre dos y tres de la tarde: terminada la comida, llegan por la concurrencia elegantísimos carruajes de todas formas, tirados por arrogantes frisonos, y se forma el paseo del Parque, ostentacion de lujo y hermosura, más para vista que para descrita.

A las siete de la noche se sirve el *thé*.

Es de advertir que por costumbre los dueños de todos los hoteles se hacen la obligacion de dar un baile por turno cada noche (*hop*), baile de confianza, sin lujo, pero en que

se pasan ratos muy agradables. Dura la diversion hasta las doce de la noche.

Es costumbre que los huéspedes de unos hoteles conviden á los de los otros, y de ésa manera se generaliza el contento y se fomenta una benéfica competencia para atraer cada dueño de hotel mayor número de parroquianos.

Hay otros bailes de mayor rumbo y trueno, en que se sirven cenas *grátis* á los convidados y desplegan mucho lujo las americanas. Duran hasta las dos de la mañana.

El Dr. Landeta, persona educada en la selecta sociedad de Paris, donde hizo su carrera, añadió, dirigiéndose al joven que hablaba:

—Ha hablado vd. de las aguas medicinales; los lugares destinados á baños están rodeados del mismo ó semejante aparato de distracciones.

Mañana y tarde se anuncian los baños, suspendiéndose en cada baño una gran bandera á un alto mástil. Enarbola da la bandera, se da á entender que los baños están listos, porque su buen estado depende de la marea. Por lo demás, continuó el doctor riendo, ya vd. nos ha hablado bastante, describiendo á *Rokway*, de ciertas exhibiciones; pero lo que no llamó á vd. la atencion y lo extrañé, es que esas exhibiciones, para vd. y para nosotros alarmantes, los yankees las ven con profunda indiferencia, nadie se permite un espionaje ofensivo, nadie excita á un compañero á una contemplacion irregular, nadie deja su copa, ni su baile, ni su conversacion, por el cultivo de las escenas de la escuela realista, y eso le quita mucho al espectáculo, del carácter de inconveniencia que pudiera tener entre nosotros.

Los postres estaban en la mesa, se entraba por las puer-

tas del comedor una tortilla de huevos flamante, y al través del azulado incendio, sonreia la costra azucarada del manjar aleman.

Era la hora de las tiernas expansiones: mis amigos me dieron la dulcísima sorpresa de que una lindísima niña, por quien conservo recuerdos muy cariñosos, me recitara un bello romance de mi querido amigo Pedro Santacilia, que coloco aquí como una joya literaria, y que se ha convertido en la fórmula expresiva de los hijos de Cuba, que lloran á la patria ausente á las orillas del magnífico rio Hudson.

Habla María, que María habia de ser para que yo la amase con tanta ternura:

EL DESTERRADO.

Tan léjos ¡ay! de su tierra
Como él ¡quién no llorara!

D. DELMONTE.

“—Bello rio, bello rio,
El de las ondas de plata,
El de las mil tradiciones,
El de la corriente clara,
El de los bosques sombríos,
El de las praderas anchas,
El de las verdes colinas,
El de las montañas altas.